

ejercidas de forma que se oponía al orden capitalista, eran calificadas por Weber con términos mucho menos encomiásticos<sup>105</sup>.

El nacionalismo de Weber expresaba, pues, miras burguesas no solamente por la relación estrecha que este autor establecía entre la «Kultur» y la solidaridad nacional, sino también por el rol consciente que atribuía a la primera en el conflicto de clases. Aunque es evidente que Weber no identificaba simplemente los intereses nacionales con los inmediatos de su clase y, mucho menos, con los de ésta en circunstancias determinadas, pensaba, sin embargo —como puede apreciarse en ciertos discursos suyos, especialmente en el titulado «Deutschland als Industriestat»—, que existía una conexión estrecha entre el rol político mundial de la nación alemana y la expansión de su capitalismo, en el sentido tanto de una interdependencia mutua como de una justificación similar en función de la fuerza que ambos proporcionarían a la vida nacional. Además, la concepción weberiana del «honor» de la nación alemana y de su «deber» como gran potencia formaban parte de un ideal nacional, que era considerado conscientemente por este autor como un instrumento para la educación política de la clase obrera, para conseguir que ésta pudiera llegar a cambiar su mentalidad. Finalmente, incluso los valores distintivos de la clase obrera —su solidaridad y su camaradería— podían ser considerados, según este autor, como medios de disciplina y de defensa nacionales.

Este problema de las clases en la teoría weberiana constituirá —no solamente en tanto que objeto de las miras de este autor, sino también como una realidad fundamental de sus análisis empíricos— el tema a tratar en los capítulos siguientes.

<sup>105</sup> Véase la pág. 303

## SOCIEDAD, CLASES Y ESTADO EN ALEMANIA

Los capítulos precedentes han sido dedicados, sobre todo, a considerar los aspectos políticos de la teoría weberiana —la burocracia, el gobierno parlamentario y la nación y el nacionalismo— exponiéndolos de forma que apareciesen ampliamente abstraídos de la teoría de la sociedad de este autor. Aunque este procedimiento presenta la ventaja de que el análisis y la discusión de cada uno de ellos pueden ser realizados por separado, no significa, sin embargo, que Weber considerase que la política era independiente de la sociedad. Los valores políticos, liberales o nacionales, por los que Weber luchaba —y aun el sistema parlamentario de gobierno—, no solamente planteaban el problema de la designación de las instituciones y de la política apropiadas, sino también el de la identificación del conjunto complejo de fuerzas sociales —y de las clases en particular— que mantenían la estructura existente y el de la evaluación de las posibilidades de cambio de esta base social de apoyo. En realidad, la mayor parte de los trabajos de Weber dedicados a la política contemporánea se ocupan de estudiar la interacción de lo social y lo político y la significación política de la estructura y actitudes de las clases, más bien que de problemas meramente constitucionales. En el presente capítulo y en el siguiente serán considerados los trabajos de Weber que tratan de las relaciones entre la sociedad y el estado, respectivamente, en Alemania y

en Rusia y se intentará elucidar el tipo de teoría implícito en ellas.

Podría decirse, al menos con respecto a Alemania, que la intención que preside la mayor parte de los trabajos de Weber que van a ser discutidos a continuación no es la de desarrollar un tema de sociología política, sino la de comentar problemas políticos específicos (reformas y costes, relaciones industriales, sistema de propiedad rural, etc.). Sin embargo, tales problemas solamente pueden ser comprendidos en función de un análisis más amplio de las fuerzas sociales y políticas implicadas. A este respecto, aunque es posible elaborar una descripción bastante completa de ellas utilizando trabajos pertenecientes a los diferentes períodos de la producción weberiana, los historiadores de Alemania y de Rusia que se sirven de tal procedimiento no logran, sin embargo, descubrir nada nuevo que pueda ayudar a elucidar profundamente las percepciones características de este autor: en realidad, el contenido tiene significaciones que rebasa las situaciones concretas con las que Weber estaba concernido. En este sentido cabe resaltar que los análisis weberianos del estado autoritario en Rusia y en Alemania y del fracaso de ambas sociedades en la consecución de un sistema parlamentario liberal contienen implícitamente una teoría de las condiciones históricas previas a las instituciones liberales y una teoría general de las relaciones entre la sociedad y el estado en el mundo moderno. Pero, por otro lado, y como ha sido ya indicado en el primer capítulo, Weber no se ocupa sistemáticamente, en ninguno de sus escritos académicos, del problema de las relaciones entre las fuerzas de la sociedad moderna que ejercen una influencia importante sobre la estructura política. De aquí que lo que va a ser expuesto a continuación, además de mostrar, una vez más, la significación práctica implicada por los valores característicos de este autor, nos parece tener interés para conseguir comprender mejor la teoría política de Weber.

#### EL FUNDAMENTO SOCIAL DEL ESTADO AUTORITARIO

Los trabajos de Weber que se ocupaban del sistema político alemán han sido considerados ya en capítulos anteriores. Resumiendo, podríamos decir que se trataba de un tipo de «*Obrigkeitsstaat*» o de estado autoritario; su dirección política, en teoría, era ejercida por el monarca, pero, en la práctica, era la burocracia quien la determinaba; el sistema adoptaba la forma de instituciones parlamentarias, pero, en realidad, solamente existía un «parlamentarismo aparente». Tal sistema no podía persistir sino porque gozaba del apoyo de los grupos dominantes y porque la clase que le era más hostil, el proletariado, había llegado a adquirir unas actitudes políticas que, en la práctica, ayudaban a que se mantuviese. El problema que esto planteaba no era de clases simplemente: había que tener en cuenta las propiedades características de éstas. En este sentido, serán consideradas a continuación, según los trabajos de Weber, las diferentes clases y sus relaciones con el estado, empezando por la de los *junkers*.

#### *Los junkers*

La estructura política existente recibía su apoyo más directo de los *junkers*, latifundistas aristocráticos de Prusia Oriental. El cambio sufrido por esta clase en su posición económica y las consecuencias políticas de él constituyeron un tema importante en los primeros trabajos de Weber. La función ejercida por los latifundios tradicionales del Este no había sido meramente económica; habían servido también de «*Herrschaftszentren*», de centros de autoridad política:

Estaban destinados, según las tradiciones de Prusia, a promover un fundamento material al estrato social al que

el estado estaba acostumbrado a confiar el ejercicio de su poder militar y político...<sup>1</sup>

En este «fundamento material» había dos aspectos que tenían una significación política particular. El primero era que las vastas propiedades del Este proporcionaban a sus poseedores un nivel de vida holgado, sin ser necesario que dedicaran a ello todas sus energías; como consecuencia de esto, el sentido de la adquisitividad estaba «relativamente subdesarrollado» en los junkers típicos y, aunque vivían en sus tierras, tenían tiempo sobrado, que podían ocupar en actividades políticas y administrativas.<sup>2</sup> Estas propiedades constituían, en realidad, núcleos de conciencia política, dispersos por toda la región.<sup>3</sup>

El otro aspecto de esta economía rural consistía en que estaba organizada sobre una base patriarcal. Los trabajadores estaban obligados a una lealtad total hacia su dueño, quien, a su vez, les autorizaba a utilizar una porción de tierra y les daba una parte de la cosecha. A pesar de las relaciones autoritarias había, pues, intereses comunes entre el propietario y sus operarios que tenían una significación política importante. El junker no necesitaba pretender ser «el representante nato de los intereses de sus subordinados»: lo era en realidad.<sup>4</sup> Esto no solamente le aseguraba el apoyo incondicional de los suyos, sino que le confería además preocupaciones políticas que rebasaban sus propios intereses inmediatos. Esta comunidad de intereses constituía la «base de la poderosa posición histórica de los latifundistas dentro del estado»<sup>5</sup>.

Los cambios económicos del siglo XIX habían erosionado esta

<sup>1</sup> GASW, pág. 471.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> GPS, pág. 20.

<sup>4</sup> SVS, vol. 55 (1892), pág. 796; GASW, pág. 474.

<sup>5</sup> *Ibid.*, puede consultarse: *Mitteilungen des Evangelisch-sozialen Kongresses*, 6 (1892), pág. 5.

base material del poder de los junkers. Esto fue, en parte, una consecuencia tardía de sus propios éxitos en el logro de la unificación nacional, que proporcionó, ulteriormente, un ímpetu considerable al desarrollo del capitalismo. «El destino trágico del alemán oriental —escritó Weber— es haber cavado la sepultura de su propia organización social, al mismo tiempo que conseguía mejoras nacionales importantes»<sup>6</sup>. Lo que había caracterizado su posición económica y constituido la base de su importancia política no había podido continuar existiendo. Las propiedades rústicas no eran capaces de asegurar por más tiempo la forma de vivir tranquila y agradable del pasado. La competencia internacional obligaba a estos propietarios a una lucha sin tregua por mantener su nivel de vida. Los núcleos económicos importantes se habían trasladado definitivamente a las ciudades. Weber tenía la convicción de que estos cambios terminarían, a largo plazo, arruinando el poder político de los junkers. «El poder político no puede ser mantenido mucho tiempo intacto sobre esta base»<sup>7</sup>.

Durante cierto tiempo, los junkers continuaron, sin embargo, mostrándose aún capaces de mantenerse aferrados al poder, presionando sobre las instituciones gubernamentales; pero este poder político del que aún seguían disfrutando tenía, a causa de los cambios económicos, un significado completamente diferente del de antaño. En tanto que en el pasado los junkers, dada la seguridad económica de que habían gozado, habían podido servir unas miras políticas que rebasaban las de su clase y que habían servido de base a una política de grandeza nacional, en la actualidad su inseguridad económica les impulsaba a utilizar su poder político para apuntalar su posición económica decadente: «El poder político, ahora, en vez de estar basado sobre un fundamento material seguro, tenía, por el con-

<sup>6</sup> SVS, vol. 55 (1892), págs. 802-3.

<sup>7</sup> GASW, pág. 473.

trario, que ser puesto al servicio de los intereses económicos<sup>8</sup>. Sus peticiones de ayuda, proseguía Weber, estaban adquiriendo el tono de un «beneficario de caridad insatisfecho».

Pero no se trataba solamente de que la posición económica de los junkers se hubiera debilitado; su carácter había cambiado también completamente. Habían sido señores patriarcales y habían tenido que transformarse en hombres de negocios capitalistas. Los intereses económicos habían llegado a constituir, como en los capitalistas típicos, su preocupación predominante; en caso contrario, tenían que aceptar la realidad de ver que sus latifundios se convertían en propiedades pequeñas. El interés por la obtención de beneficios, que nunca había supuesto para ellos sino una preocupación secundaria, tenía ahora una importancia máxima. La mira principal de su política se reducía a conseguir mano de obra barata y precios de venta elevados para sus productos. El capitalismo destruyó, además, los lazos de intereses comunes que habían mantenido al siervo unido a su dueño. El siervo se había convertido en trabajador libre; el propietario ya no comparía con él la cosecha; los intereses de ambos eran opuestos. Aparecía el conflicto de clases.

En estas condiciones, los junkers no podían, pues, mantener la pretensión de representar los intereses comunes de toda la sociedad; solamente se representaban a sí mismos. Su política no era ya una política nacional; se había convertido en una política de clase. La situación creada en la frontera oriental era un paradigma de este cambio. El interés económico de estos propietarios por la mano de obra barata, del origen que fuese, les motivaba en favor de los emigrantes polacos y en contra de los indígenas alemanes; sus intereses se oponían, por esto, a los de la nación, que requerían que fuese asegurada la defensa de la frontera oriental y mantenida la cultura alemana en el

<sup>8</sup> *Ibid.*; puede ser consultado: GASS, pág. 388.

<sup>9</sup> SVS, vol. 55 (1892), pág. 773; GASW, págs. 449 y 475-6.

Este<sup>10</sup>. Los junkers no estaban capacitados para seguir ocupándose adecuadamente de los intereses de la nación: solamente podían dedicarse a los de su clase. Aunque, en función de sus miras políticas, seguían pretendiendo representar la nación, no se trataba sino de un pretexto.

No era el poder político de los junkers, en sí mismo, lo que había cambiado, sino su significación. A pesar de su decadencia económica, mantenían aún su dominación tradicional, por medio de presiones sobre las instituciones del estado. «El poder de la aristocracia oriental sobre el ejército y sobre la administración —se lamentaba Weber— se mantiene tan grande como siempre y posee muchas maneras, que no pueden ser utilizadas por los demás ciudadanos, de llegar hasta los oídos del monarca»<sup>11</sup>.

Uno de los principales orígenes de su poder, tanto con respecto al estado prusiano, como a la totalidad del Reich, consistía en el monopolio que ejercían sobre la selección del personal para el ejército y la administración. Este monopolio estaba reforzado por el sistema de *fideicomiso* o de tierras vinculadas, que garantizaba un título aristocrático a los dueños de determinadas propiedades y puestos administrativos a sus hijos<sup>12</sup>. En realidad, la administración admitía también personas que pertenecían a otras clases, pero esto conducía rápidamente a que se adaptasen a los valores de la aristocracia agraria, que prescribía las normas del medio social administrativo. «Sus normas —escribía Weber— continúan determinando un gran número de componentes característicos del ambiente social administrati-

<sup>10</sup> «Resulta imposible que promuevan, a largo plazo, los intereses nacionales, si son polacos sus obreros»: GASW, pág. 454; SVS, vol. 55, págs. 795-6.

<sup>11</sup> *Ibid.*; GPS, pág. 19.

<sup>12</sup> Puede ser consultado a este respecto el artículo de Weber titulado «Agrarstatistische und sozialpolitische Betrachtungen zur Fideicommissfrage in Preussen»: GASS, págs. 323-93.

vo»<sup>13</sup>. Una de las propiedades más importantes que caracterizaban el poder de los junkers era precisamente, según Weber, esta capacidad para influir sobre las actitudes sociales de otras clases, sirviéndose del monopolio que ejercían sobre las normas sociales.

La burocracia no era, pues, realmente independiente, como afirmaban los «conservadores». No estaba por encima de su clase, sino que estaba subordinada a ella: las ideas que dirigían la política gubernamental se acordaban con los intereses y con los valores de los grupos en los que eran reclutados los funcionarios. Weber repite esto frecuentemente, tanto en sus primeros escritos como en otros más tardíos. En 1905, en un artículo sobre el sistema de *fideicomiso*, se queja de que Alemania posea «una administración que no reconoce ni comprende los amplios estratos de la burguesía y de las clases trabajadoras, a los que se enfrenta con un vago sentimiento de antipatía, sobreañadido de prejuicios agrarios»<sup>14</sup>. En Estados Unidos, en una conferencia sobre la sociedad rural, pronunciada en 1904, habla de la «influencia del carácter junker» sobre los funcionarios prusianos y la diplomacia alemana y de la forma en que esto determinaba «muchas de las presuposiciones más importantes de la política extranjera alemana»<sup>15</sup>. En 1917, en sus artículos denominados «Parlamento y gobierno», rechaza explícitamente la opinión de que el sistema de gobierno burocrático fuera independiente de partidos y clases:

El que la burocracia tenga todo el poder no significa que no haya normas *parciales*, como queda bien patente en nuestra situación actual. En Prusia solamente pueden existir gobiernos conservadores; el parlamentarismo ale-

mán aparente, con todas las consecuencias que lleva consigo, descansa sobre este axioma: todo gobierno, y sus representantes, debe ser necesariamente «conservador», a excepción de unas pocas concesiones de protección a la burguesía prusiana y al centro. Esto es lo que significa, exclusivamente, el carácter «por encima de los partidos» del gobierno burocrático... Los intereses parciales del cuerpo de funcionarios conservadores que está en el poder y de los grupos asociados a ellos son los únicos que controlan la dirección de los asuntos<sup>16</sup>.

No podía ser llevada a cabo ninguna reforma social o política sin que tuvieran que ser hechas importantes concesiones a los intereses agrarios. Incluso el impuesto sobre la renta, introducido por Von Miquel hacia 1890 y que era citado frecuentemente como argumento en contra del carácter «plutocrático» del estado prusiano, implicaba precisamente lo contrario de lo que aparentaba significar, según Weber. Mostraba, sobre todo, el poder de los propietarios y de su plutocracia, ya que este impuesto había sido introducido previa supresión de otro, ya existente, sobre la propiedad rural. Además, el gravamen que, en todo caso, tal impuesto podía suponer para los intereses agrarios no podía ser sino pequeño, puesto que el procedimiento para calcularlo estaba en manos de funcionarios que «eran totalmente dependientes, política y socialmente, de aquéllos». Se trataba, en realidad, de un ejemplo más de que ninguna reforma podría conducir a otra cosa que a hacer mayores concesiones a los intereses mencionados<sup>17</sup>.

Otra de las causas que contribuían a mantener el poder de los junkers —además de la que ya ha sido considerada, el monopolio que éstos ejercían sobre la selección del personal administrativo (e incluso militar)— dependía de las normas cons-

<sup>13</sup> SVS, vol. 55, págs. 795-6.

<sup>14</sup> GAASS, pág. 389; pueden ser consultadas además las págs. 380-1.

<sup>15</sup> GM, pág. 373.

<sup>16</sup> GPS, pág. 351; puede consultarse también las págs. 401-2.

<sup>17</sup> GPS, pág. 401, n. 1.

titucionales del estado prusiano. La ley del voto en tres clases aseguraba una mayoría conservadora permanente en la Landtag prusiana<sup>18</sup>. Prusia, dada su posición especial—de «Hegemonista»—dentro del Reich, ejercía su poder sobre la totalidad de éste. Aunque en teoría las influencias en los asuntos de interés común entre los gobiernos del Reich y de Prusia eran recíprocas, en la práctica «la estructura interna del Reich y de sus estados individuales hacía que generalmente praveciese la influencia de Prusia, es decir, el carácter eminentemente prusiano del gobierno del Reich»<sup>19</sup>. Esta dominación de los propietarios rurales (y de los intereses capitalistas que se aliaban con ellos) en Prusia y en el Reich estaba encubierta naturalmente bajo sentimientos elevados—monárquicos, nacionalistas, etc.; sin embargo, se trataba, en realidad, de un sistema de gobierno clasista. El poder político era ejercido, principalmente, en función de sostener la economía decadente y los privilegios políticos de una clase que no poseía ya ningún interés genuino con respecto a la totalidad de la nación:

Desde hace ya cincuenta años, los conservadores prusianos están mostrando no poseer el más mínimo carácter político para servir una gran política o unas metas ideales. No es difícil saber lo que ha sucedido cuando sus intereses financieros, su monopolio de empleos y de patrocínios o sus privilegios en las votaciones... han estado en peligro, ni lo que su procedimiento electoral oficial ha conseguido elaborar, sin compasión y aun, si ha sido necesario, en contra del mismo rey. A continuación entra en acción el funesto conjunto de frases «cristianas», «monárquicas» y «nacionales» en boga, y la rutina prosigue<sup>20</sup>.

<sup>18</sup> GPS, págs. 178, 282-3, 351 y 400-1.

<sup>19</sup> GPS, págs. 405 y siguientes.

<sup>20</sup> GPS, págs. 300-1. La cita siguiente corresponde a la pág. 402: «El trono perdía su eficacia, siempre que los intereses del poder material o

La clase de los junkers constituía, pues, la base más firme del autoritarismo estatal, que no era sino el reflejo del sistema y del carácter autoritario de las relaciones patriarcales de las propiedades rústicas tradicionales de Prusia Oriental. Sin embargo, como repetía Weber, esta clase estaba implicada en un proceso de decadencia económica. El sistema de gobierno burocrático no podía, por esto, persistir largo tiempo por sí mismo; necesitaba, a su vez, el apoyo o al menos el asentimiento de la clase económicamente fuerte, la burguesía. Para poder comprender la persistencia de este estado autoritario es necesario tener en cuenta el carácter político de esta clase.

### *La burguesía*

«Los importantes estratos de la burguesía—escribía Weber—continúan excluidos, por feudalismo, de participar en el ejercicio de la autoridad política»<sup>21</sup>. Sin embargo, la burguesía, a pesar de su exclusión del poder formal, aceptaba claramente el sistema por el que era excluida. Según Weber, en este comportamiento intervenían diferentes motivos, de los que el más obvio era el carácter político de esta burguesía: su cobardía, su «voluntad de carecer de poder» y su deseo de paz y de tranquilidad<sup>22</sup>. Bismarck, sin contar con la burguesía, había logrado la unidad alemana, con lo que parecía que no quedase ya nada por realizar:

Una vez que la nación había conseguido su unidad y saciado su deseo de realizarse, la burguesía alemana, que

social de los estratos que apoyaban al gobierno estaban en peligro...» La ideología conservadora es expuesta brillantemente por Weber en GASS, págs. 380-90: los conservadores pretendían encubrir los intereses materiales, que estaban implicados por el sistema de fideicomiso, bajo la apariencia de un «idealismo romántico».

<sup>21</sup> Cita que aparece incluida en W. J. MOMMSEN, *op. cit.*, pág. 109.

<sup>22</sup> GPS, págs. 20-2, 393 y 441-2.

prosperaba ebria de éxitos y sedienta de paz, estaba poseída por un espíritu peculiar «inhistórico» y apolítico. La historia alemana parecía haber terminado. El presente era la culminación definitiva de los mil años precedentes. Sería una impertinencia pensar en que el futuro podría juzgar de forma diferente.<sup>23</sup>

Los éxitos de Bismarck habían inducido a la burguesía a confiar en que sus miras políticas serían realizadas por otros, con lo que se privaba de toda independencia política. Una parte de la burguesía esperaba que se manifestase un nuevo cesar y la otra se había sumido ya en la típica apatía política, que caracterizaba la mentalidad del pequeño burgués.<sup>24</sup>

La carencia de espíritu político de la burguesía alemana no tenía, en realidad, nada de nuevo. Sin embargo, esto no explicaba suficientemente el hecho de que una clase cuyo poder económico continuaba aumentando aceptase un sistema que la excluía de tener participación en el gobierno. El análisis de Weber era realmente bastante complejo e incluía otros factores que permitían ver más claramente las razones de dicha aceptación. Uno de ellos era la capacidad que tenían los propietarios industriales, principalmente los que estaban concernidos por los grandes sindicatos, para ejercer su influencia sobre la política del gobierno, a través de las actividades de las asociaciones de patronos, y para favorecer sus intereses económicos, relacionándose directamente con la burocracia. Weber se quejaba de la existencia de estas «relaciones a puertas cerradas» y de «la desastrosa influencia política de los líderes de la industria pesada» sobre el régimen.<sup>25</sup> Como en sus artículos sobre Rusia, comentaba también, con respecto a Alemania, que los intereses de la

<sup>23</sup> GPS, pág. 21

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> GASS, pág. 403 y GPS, pág. 448.

industria capitalista y el sistema de gobierno burocrático habían llegado a una compenetración estrecha<sup>26</sup> y que «los grandes poderes capitalistas... permanecían, como un solo hombre, del lado del «*Obrigekaisstaat*» burocrático y en contra de la democracia y del gobierno parlamentario».<sup>27</sup> De aquí que, puesto que la burguesía podía satisfacer plenamente sus intereses influyendo directamente sobre la burocracia, el Parlamento se había convertido en una complicación innecesaria.

La situación lograba, pues, mantenerse, a pesar de que los conservadores ejercían un monopolio formal sobre la administración del que la burguesía estaba casi totalmente excluida, por lo que existía, aunque difícilmente, un compromiso con los intereses del capitalismo en gran escala: la industria hacía concesiones a los intereses agrarios<sup>28</sup>, pero, a su vez, conseguía que el estado apoyara sus actividades económicas propias. Según Weber, entre las consecuencias más perniciosas que derivaban de esta coalición figuraban la realización de una política social reaccionaria y la existencia de un sistema marcadamente autoritario de relaciones industriales.<sup>29</sup> Las disposiciones que acordaban a los trabajadores el derecho de asociación eran ineficaces, ya que además de admitir que los patronos pudieran despedir impunemente a los obreros, protegían plenamente a los que colaboraban en hacer fracasar las huelgas. Finalmente, los tribunales de justicia estaban siempre de acuerdo con los patronos. En Saarland, «ningún empleado del estado baila al son del pueblo».<sup>30</sup> Las relaciones industriales adoptaban totalmente las pautas que dimanaban de la esencia autoritaria del estado; las fábricas no eran sino microcosmos, a este respecto. El pa-

<sup>26</sup> GPS, págs. 276-7.

<sup>27</sup> GPS, pág. 337.

<sup>28</sup> En la política del «mercado interior», por ejemplo: *Verhandlungen des 8. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1897), pág. 109.

<sup>29</sup> GASS, págs. 395-9.

<sup>30</sup> GASS, pág. 395.

trón sustituía su falta de autoridad formal dentro del estado por su empeño en demostrar realmente que él era quien mandaba en la fábrica:

Es quien menos acepta que el ciudadano alemán disfrute de derechos políticos en el Reich alemán, quien dice que soporta más el gobierno sobre sus hombros y que es tratado como mero objeto de manipulación estatal y quien está más determinado a demostrar a los que le están subordinados, allí donde él es actualmente pater-familias —y esto incluye especialmente las grandes firmas— que tiene ahora la palabra y que han de obedecerle.<sup>31</sup>

En la exposición weberiana de las relaciones industriales aparece claramente un aspecto importante del análisis que está realizando de la burguesía alemana: ésta aceptaba el «Obrigkeitsstat» no solamente porque con él era capaz de lograr servir sus propios intereses económicos con pleno éxito, sino también porque ella misma estaba imbuida por las actitudes patriarcales de la clase dominante, la de los propietarios rurales.

El ejemplo más claro de lo que precede lo constituía la práctica, que estaba en franco auge entre la burguesía, de comprar ciertas propiedades rurales, con objeto de adquirir al mismo tiempo los títulos aristocráticos que conferían y que proporcionaban al propietario una posición social y acordaban privilegios políticos a sus descendientes. Como consecuencia de esto, el precio de las propiedades rurales objeto de *fideicomiso* aumentaba rápidamente. Según Weber, lo que caracterizaba, sobre todo, la condición de la burguesía alemana era su empeño, de *nouveaux riches*, en procurarse un *status* social. Esto acarrea, sin embargo, su debilitación económica y política, que la encadenaba al sistema existente.

<sup>31</sup> GASS, págs. 396-7.

Desde el punto de vista económico, este empeño significaba que el capital industrial estaba adquiriendo raigambre rural y que la burguesía se sustrata de sus actividades empresariales, del «camino de la conquista económica del mundo», limitándose a asegurarse una existencia segura y plácida, basada en las rentas.<sup>32</sup> Los capitalistas consumados elegían el procedimiento de convertirse en propietarios rurales, para «preservar sus fortunas del tempestuoso mar de la lucha económica, adentrándolas en el puerto seguro de la 'paz con honor'». <sup>33</sup> Esta «feudalización» del capital burgués causaba problemas en la economía rural, ya que la demanda de compra de tierras era cada vez mayor, con objeto de disfrutar de las rentas correspondientes. Sin embargo, lo que Weber recelaba sobre todo a este respecto era que Alemania pudiera llegar a convertirse, como Francia, en un «Rentnerstat», en una sociedad estagnante que prefiriese vivir de rentas a comprometerse en actividades empresariales de importancia. Por esto, cuando el gobierno prusiano propuso, durante la guerra, extender más aún el sistema de vinculaciones rurales —para proporcionar una inversión sin peligros a los beneficios obtenidos con esta guerra—, Weber no contuvo su indignación:

Esta proposición no fomenta hombres de negocios, sino rentistas y del género más despreciable..., que el ideal de rentas seguras, ensalzado descaradamente por una parte, cada vez mayor, de la nación, y el estúpido clamor levantado contra el capitalismo promueven cada vez más. El problema del que depende nuestro futuro es el de poder liberarnos de las consecuencias del carácter rentista. Si no tenemos éxito, Alemania se convertirá en un país con una economía aún más estagnante que la de Francia...<sup>34</sup>

<sup>32</sup> GASS, pág. 391.

<sup>33</sup> GASS, pág. 331.

<sup>34</sup> GPS, pág. 184; véanse también las siguientes.

No obstante, lo más interesante de este asunto es la significación política que Weber asignaba al sistema de *fideicomiso*. El hecho de que éste hiciera posible que la burguesía, o al menos una parte de ella, lograra alcanzar una posición social aristocrática con privilegios para sus descendientes facilitaba el que dicha clase aceptase el «Obrigkeitsstaat» y su propia exclusión del poder formal. Weber hacía resaltar, sin embargo, que estos ideales aristocráticos pertenecían en realidad al pasado; la forma de ser del *junker* tradicional no podía ya ser restablecida en una época en que la propiedad rural estaba abrumada por las preocupaciones económicas. La burguesía no conseguiría sino, en el mejor de los casos, adoptar la «fisonomía del *parvenu*». La «danza alrededor del becerro de oro» continuaba con frenesí en las propiedades agrícolas, como en todas partes; pero en aquellas se mezclaba además con pretensiones señoriales<sup>35</sup>. Los grupos que gobernaban en Prusia sabían, no obstante, cómo manipular estas pretensiones para conseguir, de este modo, que la burguesía aceptase su carencia de poder:

En la política prusiana predomina corrientemente el comediamento, para reconciliar el dinero burgués con la ínfima influencia política de la burguesía, de proponer una especie de «segunda clase aristocrática»; en los círculos que están interesados por esta política, nada resultaría más impopular que poner dificultades al proceso de «ennoblecimiento» del capital —logrado con el ejercicio del comercio, de la industria o del intercambio de productos— y a su transformación en propiedades rurales<sup>36</sup>.

El afán de la burguesía por imitar las actitudes sociales de la clase prusiana dominante llegaba a abarcar todo tipo de com-

<sup>35</sup> GASS, pág. 386.

<sup>36</sup> GASS, pág. 379.

portamientos. Así, por ejemplo, las escuelas de comercio y de administración, que abundaban y eran de creación reciente, además de proporcionar a sus alumnos los conocimientos comerciales correspondientes, les infundían las normas sociales adecuadas a su *status* de funcionarios; todos los que aspiraban a ser miembros genuinos de la clase comercial tenían que asimilar estas cualidades características del orden social feudal<sup>37</sup>. Weber juzgaba difícil aceptar que este empeño en adoptar los símbolos prestigiosos de una época pasada pudiese contribuir al buen funcionamiento de los negocios; en realidad constituía más bien una pauta totalmente inadecuada a las duras tareas de la competición económica<sup>38</sup>.

Aunque la descripción weberiana de la burguesía alemana contiene ciertos aspectos de caricatura, la opinión de este autor se manifiesta claramente en el sentido de que esta clase no se acordaba plenamente —ni en lo económico ni en lo político— con la imagen típica de la verdadera clase burguesa. Económicamente no mostraba la intensidad ética de dedicación al trabajo, que constituía la cualidad fundamental del espíritu capitalista, ya que aceptaba fácilmente una existencia basada en las rentas. Políticamente, la consecución de aspiraciones casi feudales resultaba ser una compensación suficiente a su exclusión del poder político formal. (Marx o Engels hubieran denominado

<sup>37</sup> «Verhandlungen des IV. deutschen Hochschullehrertages», Dresden, 12-13 octubre 1911 (documento de archivo n.º 35, Instituto Max Weber, Munich), págs. 67 y 86; la repuesta de Weber a las críticas de su discurso apareció en el *Berliner Tageblatt* del 27 de octubre de ese mismo año; doc. arch. n.º 38.

<sup>38</sup> «La pertenencia a un regimiento de reserva o la posesión de letras patentes no suponen, en sí mismas, ninguna idoneidad con respecto al trabajo duro y responsable, que es necesario en nuestra burguesía, para que sea capaz de mantener la posición de predominio mundial de Alemania en los terrenos comercial e industrial.» *Ibid.* Véase también GASS, página 390, n.º 1.

esto «falsa conciencia»; Weber prefería, en cambio, no utilizar conceptos tan recargados; de todas formas, este problema no nos interesa demasiado por el momento.) Según Weber, pues, las actitudes de la burguesía alemana, o de una parte de ella, eran inadecuadas a su posición económica y correspondían a una época diferente. Los esfuerzos conscientes de la clase gobernante, que continuaba manteniendo su poder político después de haberse iniciado su decadencia económica, habían contribuido, por lo menos en parte, a la formación de esas actitudes. Weber expresaba, a pesar de todo, su confianza en que la situación mejorase, en que la burguesía se resolviera a «liberarse de su asociación *antinatural*» con los *junkers* y a «volver a cultivar conscientemente sus propios ideales»<sup>39</sup>.

Existía, además, otro motivo, decisivo, para que la burguesía aceptase el sistema de gobierno del que estaba excluida: la amenaza que podría implicar la existencia de una clase obrera organizada y consciente. Los propietarios industriales no tenían confianza en su propia capacidad para poder resistir el empuje de la clase obrera en un sistema plenamente democrático<sup>40</sup>. El sufragio universal había sido implantado antes de que hubieran tenido la posibilidad de adquirir experiencia en el sistema de gobierno parlamentario. A este respecto, Weber, en su artículo «Wahlrecht und Demokratie» había planteado el problema de si, en las primeras etapas del Reich, no hubiera sido mejor, desde un punto de vista político, proponer un sufragio restringido como en Inglaterra, para que las clases más eminentes hubieran podido ir acostumbrándose por sí mismas a la responsabilidad parlamentaria de cooperar con el gobierno. Pero, tal como la situación se presentaba realmente, el temor de la burguesía ante la posibilidad de que aumentase la democratización podía ser siempre

<sup>39</sup> *Verhandlungen des 8. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1897), página 113.

<sup>40</sup> GM, pág. 373.

utilizado para continuar asegurando el apoyo de esta clase al sistema político existente:

La división de los estratos característicos de la sociedad moderna en dos clases hostiles y que se excluyen mutuamente, burguesía y proletariado, permite... explotar, en favor de la preservación del gobierno burocrático, la cobardía de la burguesía ante la democracia. En la actualidad, estamos soportando los efectos de esta cobardía<sup>41</sup>.

La situación y el carácter políticos de la burguesía eran, pues, fundamentales para que el «*Obrigkeitsstaat*» pudiera continuar manteniéndose. Aunque los grandes propietarios de industrias estaban excluidos formalmente del poder político, se mostraban capaces de hacer prosperar sus negocios, sirviéndose de la influencia de las asociaciones de patronos, y mantenían con el capitalismo agrario una «coalición» difícil, pero que parecía reforzada, porque la asimilación por aquél de una parte de esta burguesía constituía un estrato pseudo-aristocrático. Sin embargo, el motivo concluyente por el que esta clase apoyaba el sistema era el temor de su propia incapacidad para resistir el empuje de la clase obrera, en caso de que tuvieran que ser adoptadas medidas políticas más democráticas.

En la sección siguiente será considerado, brevemente, el carácter político de la clase obrera, que era el origen de tales temores.

<sup>41</sup> GPS, pág. 233. Puede consultarse además la pág. 402, a la que pertenece el siguiente pasaje: «La burguesía apoyaba los intereses de la clase que dominaba en Prusia, porque los más acaudalados de ella temían la 'democracia', a la que veían ya introducida en el sufragio del Reich e incluso en la Reichstag.»

*El proletariado y la socialdemocracia*

Aunque no podía decirse que la clase obrera apoyaba el sistema de gobierno existente, el carácter de su actividad política y de su organización contribuían, sin embargo y según Weber, a la persistencia de aquél, ya que fomentaban la tendencia de la burguesía hacia los conservadores. Este punto de vista fue ya expuesto por Weber, aunque de manera somera, en un discurso de 1896: «La socialdemocracia —decía—, al ponerse en contra de la burguesía, ha facilitado el camino a la reacción»<sup>42</sup>. Ulteriormente, en una crítica del carácter del partido socialdemócrata, Weber desarrolló la idea precedente, pero de una forma más sustit. Según este autor, dicho partido tenía una ideología revolucionaria, pero existía, además, en él una plantilla de activistas profesionales, que tenían intereses materiales directos, relacionados con la persistencia de la estructura de la socialdemocracia. Ambos componentes solamente servían para reforzar el sistema político existente. La ideología revolucionaria infundía temor a la burguesía. Los intereses materiales de los empleados del partido, entre otros, obligaban a éste, que debía servir para cambiar el sistema, a que prosperase dentro de él.

Weber llegó a la convicción —tan pronto, al menos, como Robert Michels— de que el PSD, bajo su apariencia de celo revolucionario, encubría, en realidad, un carácter muy diferente. Esta idea está contenida en los comentarios que Weber añadió al final del análisis social del electorado del partido, uno de los intentos más precoces en este tipo de trabajos, que fue publicado en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* en 1905<sup>43</sup>. En dichos comentarios Weber exponía que el carácter del partido estaba influenciado no solamente por la composición social

de su electorado, sino también por los intereses de los miembros inmediatos que vivían de estas actividades políticas. Para éstos, el partido era un fin en sí mismo («Selbstzweck»); tenían interés en que continuase sin que tuviera que soportar cambios, porque de ello dependía su propia subsistencia. La influencia de estos intereses conservadores, según comentando Weber, se había mostrado durante la crisis revisionista. La petición de renuncia a las antiguas creencias, que cada uno había interpretado como había creído conveniente, y la intención de sustituirlas por otras nuevas habían supuesto una amenaza grave para el partido, por lo que fueron rechazadas. En todos los problemas estratégicos de importancia, los citados miembros del partido evitaban todo tipo de riesgos de que la situación de aquél pudiera cambiar. Dada la enorme cantidad de intereses materiales que habían llegado a estar implicados en el PSD, éste se parecía cada vez más a los partidos políticos americanos, aunque en ambos casos las circunstancias políticas fuesen muy diferentes<sup>44</sup>.

Dos años más tarde, en un discurso en la Verein, Weber indicaba más detalladamente lo que dichos intereses significaban<sup>45</sup>. El partido, decía, llevaba camino de convertirse en una organización burocrática poderosa, con un vasto ejército de empleados: un «estado dentro del estado». Tenía, como el estado, su jerarquía de empleos, sus universidades y profesores propios, sus «enemigos de estado» y sus asambleas regulares. Además, y sobre todo, había dentro del partido una cantidad cada vez mayor de personas que tenían interés en «ascender» y entre las que estaban incluidas no solamente los empleados del partido, sino también los propietarios de los locales utilizados, los redactores de periódicos socialistas, etc. Si alguna vez los socialistas lograban el poder y surgía el conflicto entre los revolucionarios idealistas y los intereses materiales de quienes dependían del partido para

<sup>42</sup> GPS, pág. 28.

<sup>43</sup> *Archiv*, vol. 20 (1905), págs. 550-3.

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> GASS, págs. 407-12 y, en particular, las 408-9.

su subsistencia, el poder de éstos se mostraría de una forma mucho más patente<sup>46</sup>.

Entre tanto, sin embargo, estos grupos estaban interesados en mantener una ideología revolucionaria, totalmente opuesta al orden existente, con objeto de conservar adicto el electorado que les servía de base. Weber discernía que había una especie de acuerdo perverso entre las clases gobernantes y los intereses materiales que existían dentro del PSD. A los junkers y a los grandes capitalistas les convenía que la fuerza electoral del socialismo revolucionario no decayese, ya que así disminuían las posibilidades de reforma social, al mismo tiempo que se conseguía continuar manteniendo toda la burguesía en estado de alerta. En el otro extremo, aquellos cuya subsistencia dependía del PSD estaban interesados en que la política social de los gobernantes fuera lo más reaccionaria que fuese posible para que los electores siguieran apoyando al partido, con lo que su propia situación continuaría estando asegurada. Esta especie de simbiosis entre oponentes quedó claramente expresada en otro de los discursos de Weber en la Verein:

¿Tienen los que representan la gran industria y los partidos agrarios, unidos a la política social de aquéllos, algún interés real en coartar la socialdemocracia? La respuesta de todo el que entienda de política debe ser: ¡no! Todo nuevo socialista, no existente antes en la Reichstag, conguido a expensas de los partidos de la reforma social es pura ganancia en favor de aquéllos. Toda oleada de radicalismo en la socialdemocracia, todo aumento de la socialdemocracia a expensas del liberalismo, especialmente de izquierdas, suponen pura ganancia para aquéllos, de la misma forma que, en el otro lado, los que dependen de la socialdemocracia resultan plenamente beneficiados por nuestras

<sup>46</sup> *Ibid.*

actividades políticas reaccionarias. Por otro lado, ¿tienen algún interés quienes dependen económicamente, que son muchos, de que aumente el número de partidarios del PSD o el de los lectores de los periódicos socialdemócratas, etcétera, en que el estado lleve a cabo una política social de reforma? Los más allegados al estado están unidos a la propiedad y tienen intereses comunes con los sindicatos y con sus políticas más reaccionarias, que son tanto más beneficiosas para los intereses materiales de aquéllos cuanto más reaccionarias son, incluso la propia socialdemocracia debería admitir que quienes la representan habrían de ser eliminados bajo al microscopio de lo que es denominado por ella misma principio materialista de la explicación. Las políticas reaccionarias son pura ganancia para los que dependen del partido. Por esto, a pesar de toda la oposición que existe recíprocamente en los asuntos económicos, no hay, políticamente, una comunidad de intereses más estrecha que la que obra entre los que representan el capitalismo rural y los sindicatos industriales y los que representan la socialdemocracia.<sup>47</sup>

Quienes, para su subsistencia, dependían de la socialdemocracia, aunque estaban en oposición con el orden social y político existente, tenían, pues, interés en que éste continuase para poder continuar disfrutando los beneficios que les proporcionaba dicha oposición. Por ello, no solamente su ideología revolucionaria no correspondía a la actual condición del partido, sino que, además, colaboraba al mantenimiento del sistema de gobierno existente.

Con esto damos por finalizado nuestro resumen del análisis weberiano de la base social sobre la que se apoyaba el estado autoritario. En resumen, éste se mantenía porque los junkers dominaban, utilizando su monopolio tradicional sobre los car-

<sup>47</sup> GASS, págs. 404-5.

gos, porque la burguesía estaba de acuerdo y había asimilado, hasta cierto punto, los valores de aquéllos y, finalmente, porque la organización política de la clase obrera reforzaba los lazos existentes entre los junkers y la burguesía. Este análisis determinaba el carácter de la estrategia weberiana en relación con la forma, que va a ser considerada en la próxima sección.

#### ESTRATEGIA PARA UNA DEMOCRACIA BURGUESA

La estrategia de Weber con respecto al cambio guardaba una relación estrecha con el análisis sociopolítico que ha sido resumiendo en la primera parte de este capítulo. Hasta ya avanzada la guerra mundial, por lo menos, el contenido de esta estrategia tenía menos relación con la reforma constitucional que con una reorganización de las fuerzas sociales y políticas que permitiera socavar la base sobre la que se apoyaba el sistema de gobierno existente. Dicha estrategia consistía, en parte, en liberar la burguesía de su subordinación al estado autoritario; para ello había que conseguir que los intereses del capitalismo industrial y del agrícola guardaran las distancias debidas; había que luchar contra el sistema de *status* social, que facilitaba la aceptación del orden existente por la burguesía, y había que lograr que ésta comprendiese que sus temores de la socialdemocracia eran infundados. Pero esta estrategia implicaba además afanarse por hacer abandonar a la clase obrera su actitud negativa, de oposición al sistema capitalista, llevando a cabo, a este fin, una política social que estimulara la cooperación, en lugar de fomentar la oposición; de esta forma podría originarse una coalición social que sirviera de base a la democracia burguesa.

El hecho de que atribuyamos a Weber una «estrategia» puede prestarse a confusiones, que conviene disipar. No se trata de que dicho autor estuviese implicado en ninguna campaña para lograr el tipo de coalición que juzgaba necesaria. No obstante, resulta

adecuado hablar de estrategia weberiana, en el sentido de que los numerosos trabajos de este autor, como propagandista político, constituyen un todo consistente y coherente, considerados desde el punto de vista del análisis social. Lo que interesa poner de relieve no es tanto la eficacia de estas actividades de Weber —que no eran las típicas de un político profesional— como la coherencia de su percepción de la sociedad alemana de aquel período. En este sentido serán considerados a continuación y sucesivamente los diferentes componentes de dicha «estrategia».

En los discursos y en los escritos políticos de Weber aparece tratado frecuentemente el tema de la necesidad de una ruptura completa entre las fuerzas del capitalismo industrial y las de la clase de los propietarios rurales. El discurso pronunciado por Weber en diciembre de 1896, en la reunión fundacional del Partido Social Nacional, creado por Naumann, constituye un ejemplo típico con respecto a este tema. Weber insistió en este discurso en que la política alemana solamente podía optar entre dos soluciones que tuvieran pleno significado: o apoyar la reacción feudal o promover la independencia de la burguesía<sup>48</sup>. Weber, a pesar de que, hasta cierto punto, era responsable de que Naumann hubiese cambiado políticamente y fundado un partido nuevo, no dejaba por ello de criticarle, por no estar de acuerdo con el planteamiento del problema político, según el dilema que acaba de ser indicado. El partido —que Naumann consideraba debía ayudar a los que tuvieran mayores dificultades económicas, quienesquiera que fuesen— corría, en opinión de Weber, el riesgo de convertirse en una especie de «asador mecánico con dos posiciones», que tan pronto estuviera vuelto del lado de los intereses agrarios como del lado de los intereses de las grandes industrias. La creación de un partido viable no podía desentenderse del tipo de motivaciones puramente éticas, pero esto implicaba la necesidad de aceptar claramente que no existiera

<sup>48</sup> «Zur Gründung einer national-sozialen Partei»: GPS, págs. 26-9.

tían otras posibilidades eficaces, políticamente, que «favorecer la evolución de la burguesía o apoyar inconscientemente la reacción feudal»<sup>49</sup>. Un partido del «cuarto estado» solamente podría servir, aun en contra de su propia voluntad, para ayudar alguna de las fuerzas dominantes. El problema estribaba, pues, en optar por una de las dos posibilidades mencionadas. Weber insistía en que el nuevo partido debía de constituir un «partido nacional de la libertad burguesa», ya que, sobre todo, era esto lo que las necesidades de Alemania exigían.

Según Weber, había dos asuntos políticos que resultaban especialmente adecuados para permitir colocar una cuña entre la burguesía y los grandes propietarios rurales: el de los precios y el del sistema de tierras vinculadas. Weber había tratado públicamente ambos problemas, como ya a ser indicado, brevemente, a continuación.

En el discurso que Weber pronunció, en 1897, ante el Congreso Nacional Protestante, con el título «Alemania como estado industrial», exponía que el problema de los precios, además de servir de piedra de toque con respecto al tipo de sociedad que Alemania podría llegar a ser, era fundamental para la evolución hacia una burguesía independiente. La protección de los precios y el «mercado interno» que creaba acarrearaban, como consecuencia, que la burguesía se encerrase en sí misma y que se confirmase la coalición que existía entre los intereses del capitalismo industrial y del agrario. Pero ya que, según Weber, el desarrollo de la industria alemana no podía ser detenido —puesto que se trataba de un proceso irreversible—, era necesario que finalizara la protección de los precios para que la burguesía pudiera lograr su independencia política. El pasaje que incluimos a continuación, y que corresponde al final de este discurso, es ilustrativo con respecto a este problema:

Cada uno de los presentes se preocupa por la política burguesa, desea que la burguesía se libere por sí misma de su coalición antinatural y que sea capaz de inquietudes propias, desea que vuelva a cultivar conscientemente sus propios ideales, para que pueda conseguirse una evolución próspera de la sociedad y de la libertad política del país.<sup>50</sup>

En cuanto al sistema de tierras vinculadas, Weber expuso, en diversas ocasiones, la necesidad de que fuera limitada su extensión, para impedir que se llegase a la «feudalización del capital burgués». El gobierno prusiano, en 1904 y en 1916, había elaborado propuestas para que fuese aumentada la cuantía de las tierras objeto de *fideicomiso*, para que los propietarios ya existentes pudiesen obtener mayores rentas de ellas y para que las demandas de nuevas propiedades lograsen ser satisfechas. En ambas ocasiones<sup>51</sup>, Weber escribió artículos atacando estas nuevas capitulaciones con los intereses del capitalismo agrario, «que sacrifican cientos de miles de acres de tierra alemana al ansia ridícula de títulos aristocráticos o de una posición pseudoaristocrática»<sup>52</sup>. Estos artículos contenían además contrapropuestas encaminadas a restringir la estancia de las familias correspondientes, sobre tierras de cultivo o de arbolado, a dos generaciones como máximo y a proteger los pequeños agricultores independientes<sup>53</sup>. La argumentación estaba basada, principalmente, en consideraciones de política social: era conveniente mantener la vitalidad social de la población rural de agricultores independientes. Sin embargo, estos razonamientos estaban en conexión con consideraciones políticas características de Weber, de alcance más amplio: con la

<sup>50</sup> *Verhandlungen des 8. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1897), página 113.

<sup>51</sup> GASS, págs. 323-93; GPS, págs. 178-86.

<sup>52</sup> GASS, pág. 393.

<sup>53</sup> GASS, págs. 377-9; GPS, págs. 185-6.

<sup>49</sup> *Ibid.*

necesidad de cerrar el paso a la posibilidad de satisfacer las aspiraciones casi feudales de su clase.

El problema de los precios y el del sistema de las tierras vinculadas proporcionaban dos posibilidades interesantes de continuar lo que Weber se proponía: separar la burguesía de la clase dominante de los junkers. Pero Weber, por otra parte, intentaba también convencer a la burguesía de que sus temores del «fantasma rojo» eran infundados. El discurso que pronunció en 1907 en la reunión de la Verein, en Mannheim <sup>54</sup>, es especialmente ilustrativo con respecto a estos propósitos. El tema objeto de debate era el régimen local de gobierno y de administración, que condujo al problema de la extensión del sufragio y a que, con este motivo, se diera rienda suelta a la expresión de los temores acerca de las posibles consecuencias de que los socialdemócratas lograsen el poder, en función de los resultados obtenidos en las grandes ciudades y en las capitales. Weber consideraba que tales temores eran ridículos, ya que, precisamente, una de las consecuencias que derivarían del hecho de que los socialistas lograsen el poder sería la aparición de un conflicto entre los que defendían la ideología revolucionaria y los que, basados en sus propios partidarios, buscaran promocionarse con fines materiales; los primeros serían los que estarían en peligro verdaderamente; a largo plazo, no sería la socialdemocracia quien conquistase las ciudades y el estado, sino que serían los citados en segundo lugar quienes conquistarían la socialdemocracia <sup>55</sup>. Los pusilánimes, proscribió, deberían tener en cuenta la forma en que se había desarrollado el congreso del partido en Mannheim. Los socialistas rusos que habían asistido en calidad de espectadores tenían que haberse quedado muy sorprendidos presenciando esta reunión que se decía revolucionaria y que, en realidad, adoptaba el com-

<sup>54</sup> GASS, págs. 407-12.

<sup>55</sup> GASS, pág. 409: «No veo el peligro que la sociedad burguesa podría ver en ello.»

portamiento de un grupo de pequeños propietarios burgueses; el entusiasmo revolucionario estaba totalmente ausente; lo que podía observarse era «un estilo de argumentación y de debate débil, negligente y pleitista, en vez de la energía catalinaria de creencias» que los rusos estaban acostumbrados a ver manifestarse en sus propias asambleas <sup>56</sup>.

En este discurso Weber expuso también sus ideas acerca de los efectos que podría acarrear en la práctica una política económica de tipo socialista. Había que tener en cuenta lo que había sucedido en ciertas ciudades en que los socialistas habían conseguido ya obtener el poder. Tal era el caso de Catania, el principal centro industrial de Sicilia; la política de su consejo socialista había consistido en lo mismo, precisamente, que la de los burgueses a quienes había sustituido: en concentrar en la ciudad el mayor número posible de industrias importantes; los motivos de dicha política eran, sin embargo, diferentes en ambas situaciones: los consejos burgueses pretendían que la concentración industrial permitiese aliviar los impuestos de los ciudadanos, en tanto que los socialistas la promovían en función de aumentar las posibilidades de empleo de los trabajadores. Por otro lado, en Catania se había intentado municipalizar las panaderías; como resultado de ello, la administración socialista había mostrado su incapacidad y se había desacreditado, pero los ciudadanos habían podido disfrutar, durante un cierto tiempo, de pan bueno y barato. En el futuro, concluía Weber, todo intento similar de implantación de políticas socialistas en Alemania, sobre la base del orden social y económico existente, conduciría a fracasos análogos. «Los primeros que abandonarían el partido, dejándolo con sus dificultades, serían sus propios partidarios, la clase obrera» <sup>57</sup>.

Después de esta reunión, Robert Michels escribió a Weber: se mostraba consternado, en su carta, por la dureza con que

<sup>56</sup> GASS, pág. 410.

<sup>57</sup> GASS, pág. 411.

éste había atacado la socialdemocracia en su discurso. El próposito de Weber, sin embargo, había sido, según la respuesta que dio a Michels, ridiculizar a los que se mostraban demasiado temerosos de la socialdemocracia, más bien que criticarla.<sup>58</sup> En otra carta posterior, Weber, además de reconocer que este discurso suyo había resultado un tanto embrollado, inculcaba a Michels a que lo considerase como una exhortación que él dirigía, para la consecución «de una conciencia de clase burguesa, a los pusilánimes de su propia clase»<sup>59</sup>. En realidad, este discurso no solamente expone claramente la opinión de Weber acerca del PSD, sino que constituye además un ejemplo típico del empeño que este autor ponía en conseguir que su propia clase pudiera liberarse de los temores que la obligaban a permanecer sometida al orden existente.

La animosidad que Weber mostraba hacia el PSD no la hacía extensiva, sin embargo, a la clase obrera. La estrategia de este autor, además de implicar la pretensión de impedir que la burguesía continuase prestando su apoyo al orden existente, se proponía estimular la clase obrera, para que aceptase colaborar con la democracia burguesa en una política social progresiva. Esta no consistiría en ningún tipo de política paternalista de bienestar de las que eran tradicionales en Alemania, ya que con ello no se conseguiría sino expresar de otra forma las concepciones sociales de los junkers. Se trataba, por el contrario, de proporcionar oportunidades cada vez mayores a la clase obrera, para irle acobardando al ejercicio de sus propias responsabilidades. La función que debían desempeñar los sindicatos en esta política era fundamental. Weber los consideraba con una benevolencia que era equiparable al enojo que mostraba por el PSD. Podrían servir para proporcionar los medios con los que desarrollar el espíritu

<sup>58</sup> Carta a R. Michels del 15-X-1907: citada en W. J. MOMMSEN, *op. cit.*, pág. 123.

<sup>59</sup> Carta a Michels del 6-XI-1907: *Ibid.*

de independencia y de madurez política en la clase obrera. Pero esta función solamente la podrían ejercer si se liberaban de los impedimentos legales que los coartaban.

El problema de los derechos sindicales constituía uno de los principales motivos de litigio en la Verein für Sozialpolitik. (Esto ha servido a Lindenthal como criterio importante para diferenciar en aquella sus alas «conservadora» y «liberal»<sup>60</sup>). El personaje principal de estas controversias era Lujjo Brentano, que a partir de 1890 había estudiado y admirado la forma en que se estaba desarrollando, prácticamente, la industria británica y que luchaba porque los sindicatos alemanes llegaran a disfrutar de derechos efectivos que les permitiesen realizar convenios colectivos análogos a los ya existentes en Inglaterra.<sup>61</sup>

Según la constitución, los trabajadores alemanes gozaban, en teoría, de los derechos de libre asociación y de huelga; estos derechos, sin embargo, habían perdido su eficacia, en la práctica, a causa de la existencia de cláusulas legales que protegían totalmente a los que no querían participar en la huelga y que defendían la utilización de todo tipo de presiones sobre los obreros para que reanudaran el trabajo.<sup>62</sup>

Los «liberales» de la Verein eran partidarios de que fuesen suprimidas estas cláusulas contradictorias y de que los sindicatos tuvieran el poder necesario para poder pactar con los patronos sobre una base equitativa. Esta tendencia de los liberales era de-

<sup>60</sup> D. LINDENTHAL, *op. cit.*, págs. 198 y siguientes. Boese, que utiliza, en vez de estas denominaciones, las de alas izquierda y derecha, muestra que el conflicto se puso de manifiesto en la reunión de Mannheim de 1905, en que fue tratado el problema de los derechos sindicales. Boese expone que los dos hermanos Weber, Sombart y Brentano, su «protector autoritario», eran líderes de la izquierda. El intento de Smoller de mantener un término medio criticando duramente a Naumann por demagogía induce a Weber a pedir la dimisión de aquél como presidente. F. BOESE, *op. cit.*, págs. 108-20.

<sup>61</sup> Puede consultarse a este respecto J. J. SHEEHAN, *op. cit.*, *passim*.  
<sup>62</sup> D. LINDENTHAL, *op. cit.*, págs. 198-203.

bida, en parte, a que creían que este juego de fuerzas permitiría llegar a un equilibrio entre los dos grupos mencionados de intereses industriales opuestos. Sin embargo, lo más importante era el valor que acordaban a que pudiera desarrollarse un movimiento obrero independiente, capaz de mantenerse por sí mismo y de tomar sus propias decisiones con respecto a los intereses sociales y a la prosperidad material de sus miembros. El temor de los conservadores ante la posibilidad de que los sindicatos ejercieran un poder excesivo y la preferencia que aquéllos tenían porque los conflictos sociales fuesen solucionados con acuerdos burocráticos quedaban plasmados en la conocida frase de los liberales: «Todo para el pueblo, nada por el pueblo»<sup>63</sup>.

Weber, en esta controversia, se situaba claramente del lado de los «liberales». En 1905, en un debate sobre las relaciones industriales que tuvo lugar en la Verein<sup>64</sup>, este autor atacó duramente las relaciones patriarcales que existían en la industria alemana, la «mentalidad autoritaria, la necesidad de dirigir, de mandar y de influir en todo que domina en el estado y en el sistema de relaciones industriales de la Alemania actual»<sup>65</sup>. Lo que era característico, según Weber, era la conexión que existía entre el sistema de relaciones industriales y la totalidad del sistema político. Las actitudes del patrono de industria típico reflejaban las cualidades que «habían grabado en él una historia de pasadas supresiones, que podían convertirse en permanentes bajo la influencia del sistema autoritario»<sup>66</sup>. Estas actitudes determinaban el carácter de la clase obrera y, a su vez, se reflejaban en las normas que regían las relaciones industriales. La ley que castigaba a los huelguistas, que habían presionado sobre otros para que abandonaran también el trabajo, era «una ley para viejas, que

protegía a los cobardes». Era una ley completamente parcial, ya que además protegía plenamente a los que no tomaban parte en las huelgas—quienes, sin embargo, podían disfrutar de las ventajas obtenidas—y daba derecho a despedir impunemente a los huelguistas. Por consiguiente, era necesario que los sindicatos pudieran constituirse en un sistema libre e independiente que gozara de una protección legal efectiva. De la comparación que Weber establece entre los sindicatos y la totalidad del partido socialdemócrata, este autor extrala conclusiones favorables a aquéllos, ya que ejercían una función de formación de la clase obrera y constituían la «única defensa del idealismo» dentro del PSD, la única «garantía de una política valiente, con miras libres e independientes»<sup>67</sup>. Por tanto, defenderlos era primordial.

El memorándum que Weber escribió en 1912<sup>68</sup> contiene una exposición más sistemática de la posición de este autor en política social. El contexto de este memorándum era una iniciativa, en materia de política social, que había sido lanzada por un grupo de la Verein para propagar una serie de aspiraciones sobre las que se habían puesto de acuerdo previamente. A este fin, pensaban incluso fundar una organización especial si era necesario. En realidad, este intento se desbarató por desavenencias que surgieron con algunos miembros del PSD que habían sido invitados a colaborar; no obstante, este memorándum de Weber indica claramente lo que este autor juzgaba debía constituir el mínimo de estas aspiraciones:

Con respecto al problema de los derechos de los trabajadores, se rechazaba todo intento de considerarlo desde el punto de vista de los derechos patronales, del patriarcalismo o de la reglamentación burocrática de los obreros. Estos podrían participar equi-

<sup>63</sup> *Ibid.*, pág. 204.

<sup>64</sup> GASS, págs. 394-9.

<sup>65</sup> GASS, pág. 396.

<sup>66</sup> *Ibid.*

<sup>67</sup> GASS, págs. 398-9.

<sup>68</sup> «Rundschreiben». (Existe copia de él en el Instituto Max Weber, en Múnich.) Su contexto es discutido en un artículo de B. SCHÄFER, en *Soziale Welt*, 18 (1967), págs. 261-71, y también en V. J. MOWMSEN, *op. cit.*, páginas 133-7.

tativamente en la elaboración de acuerdos colectivos sobre las condiciones de trabajo, a cuyo fin se aumentaría el vigor de las organizaciones obreras. Además, se consideraban funestos tanto el aumento unilateral y progresivo de la fuerza de las asociaciones de patronos, con las que colaboraban la policía y los tribunales de justicia, como la supremacía total del capital en el sector de la industria pesada, que estaba ligada al poder estatal: «de-seamos —se afirmaba— vivir en un país de ciudadanos y no de esclavos»<sup>69</sup>.

Es, pues, evidente que Weber juzgaba que el aumento de autonomía de las organizaciones de la clase obrera era importante en sí mismo. Sin embargo, se congratulaba, al mismo tiempo, de que este aumento pudiera tener implicaciones políticas de gran interés. La existencia de un movimiento sindicalista poderoso, capaz de ocuparse con éxito de la marcha de sus asuntos por medio de convenios colectivos con los patronos, podría ejercer una influencia educativa poderosa sobre la clase obrera, en el sentido de prepararla para colaborar con la democracia burguesa<sup>70</sup>. Weber, en el Discurso Inaugural, había expresado su confianza en que pudiera desarrollarse una aristocracia de la clase trabajadora que, a través de un movimiento obrero organizado, fuera capaz, en cierto modo, de dar a las masas una formación económica que favoreciese su madurez política, permitiendo hacer de ellas un aliado que pudiese venir a la burguesía<sup>71</sup>. De aquí que el modelo británico de relaciones industriales que defendía Brentano encerrase, según Weber, una significación política. En efecto, este autor pensaba que, aunque el PSD era víctima de la esterilidad de la estructura política alemana, los sindicatos, en cambio, ofrecían

<sup>69</sup> «Rundschreiben», págs. 2 y 3.

<sup>70</sup> Weber ponía, pues, de relieve la importancia de tal movimiento, al que contrastaba con la ineficacia del PSD y con su consiguiente actitud de sumisión a sus autoridades. GASS, págs. 405-6.

<sup>71</sup> GPS, pág. 23.

posibilidades más interesantes para el futuro de la clase obrera<sup>72</sup>.

Se afirma frecuentemente que la posición política de Weber, representada por las consideraciones precedentes y por otras similares, le disponía con los partidos políticos existentes: desde que, al final de la década de 1880, había roto con los nacionalistas liberales —porque habían dejado de adoptar decisiones de importancia en materia de política social y se aferraban a un «dogmatismo económico a destiempo»— y había criticado, al mismo tiempo, a los «Freisinnige», de orientación más izquierdista, por su carácter apolítico y antinacional, este autor no había encontrado su ubicación política natural en el sistema político alemán<sup>73</sup>; estaba siempre en desavenencia con las políticas de los partidos existentes. La falta de éxito de los programas que patrocinaba ha sido interpretada, en cambio, como prueba, unas veces, de su inadaptabilidad política fundamental<sup>74</sup> y, otras, de la incompetencia de la Verein para difundir una política social progresiva. Ciertamente, la Verein, como el mismo Weber reconocía, distaba mucho de ser una entidad propagandística eficaz. No obstante, el fracaso del liberalismo nacional progresivo que Weber representaba se debía también al propio sistema y a su incapacidad para cambiar. El análisis weberiano del «Obrigkeitsstaat» era perspicaz y la estrategia de este autor con respecto a la democracia burguesa tenía congruencia, considerada en función de las con-

<sup>72</sup> En una discusión durante la guerra, Weber encomiaba el liderazgo de los sindicatos alemanes, comparándolo con las desordenadas «políticas de calles» de otros países. Contrastado con los elementos irresponsables que intervienen en éstas, escribía Weber, el proletariado industrial es «un poder que, al menos, es capaz de obedecer a sus líderes de forma ordenada y disciplinada, cuando éstos son políticos que piensan racionalmente. Ahora todo depende de estos líderes y de lo que, en Alemania, piensan los líderes sindicales que logren sobreponerse a sus reflejos inmediatos». GPS, pág. 275. En opinión de Weber, la posición de tales líderes podría ser fortalecida si se establecía una política social liberal.

<sup>73</sup> W. J. MOMMSEN, *op. cit.*, pág. 137.

vicciones en las que se había basado su elaboración; el hecho de que esta estrategia no diese ningún resultado se debió principalmente a que los intereses que mantenían el sistema eran demasiado poderosos y estaban profundamente arraigados. Weber era consciente, sin embargo, de que estas dificultades existían, como da muestra el pasaje siguiente, que pertenece a uno de sus artículos durante la guerra: «No hay duda alguna de que solamente la presión de una circunstancia política absolutamente predominante podría acarrear algún cambio. Es evidente que un sistema parlamentario no se implanta por acordarlo simplemente»<sup>75</sup>. Solamente podría producir un cambio total la amenaza que implicaría una situación militar difícil. A continuación, y antes de proceder a elaborar algunas conclusiones, serán discutidos brevemente los comentarios de Weber a este respecto.

#### GUERRA Y REVOLUCION

El fortalecimiento de la influencia ejercida sobre la política alemana por los grupos que dominaban en el país constituía, según Weber, una de las consecuencias primordiales que habían derivado de la guerra: la presión de la industria pesada sobre la política del gobierno, así como la de los conservadores prusianos sobre las instituciones formales del estado, aumentaba incesantemente. Esta situación condujo, entre otras consecuencias características, a que, hacia la mitad de la guerra, el gobierno prusiano propusiera extender aún más el sistema de *fideicomiso*, hecho que fue juzgado por Weber como la «cosa más intolerable que la minoría que se aferra al poder, utilizando un sufragio plutocrático, podía intentar contra la nación»<sup>76</sup>. Las imperfecciones del sistema político alemán se hacían tam-

<sup>75</sup> GPS, pág. 356.

<sup>76</sup> GPS, págs. 185-6.

bién cada vez más patentes a medida que la guerra se prolongaba. Se trataba, según Weber, de los mismos defectos que habían sido la causa de la catástrofe diplomática antes de la guerra—en particular, de la ausencia de una dirección clara de la conducta política— y que continuaban produciendo efectos perjudiciales durante la guerra. Entre éstos podían citarse, además de la persistencia en la situación de no definir claramente los objetivos de la guerra, ciertas decisiones específicas, como la de lanzarse en una guerra submarina sin límites y, según Weber, sumamente perjudicial: la apelación de los almirantes a la opinión pública, en contra del canciller, permitió tomar una decisión que omitía los cálculos estratégicos apropiados y que obedecía a la demagogia y a la «Gefühlspolitik»; la falta de responsabilidad que esto implicaba hubiera sido imposible en un sistema parlamentario<sup>77</sup>. Además, se había planteado, con anterioridad, el problema de controlar la burocracia desde el punto de vista político, al que se había añadido después un problema militar análogo. Como escribía Weber en un artículo, ya casi terminada la guerra, desde el comienzo de ésta—y, de forma más clara, desde el principio de 1916—no había existido en Alemania un gobierno, sino una pluralidad de ellos, que luchaban entre sí por controlar la política. Todos los intentos oficiales en favor de la paz habían sido desacreditados por la publicación de discursos y de telegramas contradictorios, que provenían de círculos militares o monárquicos y que nunca eran sometidos de antemano a la adecuada autorización de las autoridades políticas. De esto derivaba la «debilidad fatal» que impedía la creación de una voluntad política común en el pueblo alemán<sup>78</sup>.

A medida que la guerra se prolongaba, el régimen perdía cada vez más prestigio debido a que perseveraba en su incapacidad para hacer ciertas concesiones políticas a las tropas que estaban

<sup>77</sup> GPS, págs. 218-19 y 284.

<sup>78</sup> GPS, pág. 433.

en el frente: Weber pensaba que se debía proporcionar a éstas la posibilidad de participar en la votación, para la reconstrucción de la posguerra, porque, además de ser justo, resultaba ser una necesidad cada vez más urgente si se quería evitar surgiesen conflictos sociales importantes que harían imposible la victoria alemana y crearían, después de la guerra, dificultades de desarrollo. «Si continúa el 'no' a la reforma —escribía Weber a principios de 1918— nadie será capaz de contenerlas»<sup>79</sup>.

Fue en estas circunstancias —en que se podía observar claramente la incapacidad del sistema de gobierno, tanto para dirigir la guerra políticamente como para tener en cuenta las aspiraciones políticas de las tropas del frente— en las que Weber publicó las dos series más importantes de sus artículos durante la guerra, sobre el sufragio y el Parlamento, respectivamente, que marcan el punto culminante de su pensamiento acerca de las instituciones políticas a las que estos trabajos concernían. Puesto que estos artículos ya han sido discutidos, no volveremos ahora a ocuparnos de ellos; sin embargo, conviene añadir dos consideraciones dignas de ser resaltadas:

En primer lugar, la serie de artículos de Weber sobre «Parlamento y gobierno» contienen una parte final —que ha sido omitida en el análisis del que nos hemos ocupado en el capítulo IV, ya que no era importante con respecto a la teoría general de este autor acerca del Parlamento— en la que se ataca extensamente la ley de las tres clases de voto en Prusia y la posición privilegiada que ocupaba este estado dentro del Reich<sup>80</sup>. Esta ley y esta posición proporcionaban un apoyo importante a la continuidad del poder de los junkers. Por esto, la democratización, en el contexto del análisis social weberiano, no constituía simplemente un procedimiento político formal para fomentar el liderazgo, sino que representaba también una posibilidad real de reducir el poder

<sup>79</sup> GPS, pág. 282.

<sup>80</sup> «Parlamentarisierung und Föderalismus», GPS, págs. 394-431.

de una clase particular. La segunda consideración a resaltar es la significatividad de que Weber entablara la discusión sobre la constitución en un momento en que estaba adquiriendo importancia la tendencia al cambio y en que su introducción tenía ya más probabilidad de llegar a efecto. No se trataba simplemente, pues, de que Weber hubiera prestado entonces más atención a los factores institucionales; estaba también implicado el hecho de que la situación de cambio en las actitudes públicas proporcionaba a la reforma institucional mayores posibilidades de que fuera llevada a cabo.

Las circunstancias en que se implantó, finalmente, la democracia parlamentaria fueron muy diferentes de las que Weber podía haber esperado o imaginado. Llegó «cargada con las deudas» del antiguo régimen<sup>81</sup> y su primera tarea fue procurar la paz, convenciendo a los generales en ese sentido aun a riesgo de crear odios. La situación se agravaba además porque el Kaiser se negaba a dimitir, lo que atizaba el fuego revolucionario y conducía directamente a la proclamación de una república<sup>82</sup>. Además, las «farsas» de los revolucionarios socialistas contribuían a complicar más aún esta situación porque, según Weber, solamente podían servir para facilitar el camino a la reacción<sup>83</sup>. La mayor parte de las cartas y discursos de Weber, a finales de 1918, están dedicados a las actividades de estos grupos revolucionarios, y principalmente a las de los asociados con los soviets de Munich y de Berlín. Su «éxtasis revolucionario» era considerado por Weber como una especie de narcótico que les hacía insensibles a las dificultades por las que atravesaba el país<sup>84</sup>. Sus planes de reorganización industrial y de mutación revolucio-

<sup>81</sup> GPS, pág. 442.

<sup>82</sup> GPS, 1.ª ed., págs. 477-9.

<sup>83</sup> Weber, escribía Marianne, era hostil a esta revolución; la calificaba de «carnaval sangriento que no merece el nombre honorable de revolución». *Lebensbild*, pág. 642.

<sup>84</sup> GPS, 1.ª ed., págs. 481-2.

naria a una sociedad socialista eran pura fantasía: no tenían en cuenta el estado perturbado de la industria; solamente podrían acarrear desilusiones si llegaban a ser puestos en ejecución. «Temo —escribía Weber a Elise Jaffe— que, aunque fuese evidente que la fe puede levantar montañas realmente, no remediaría las finanzas arruinadas ni la falta de capitales; sufrirían un fracaso insuperable que les conduciría, irremediablemente, a la bancarrota»<sup>85</sup>. La única consecuencia que podría acarrear una sedición sería la reacción de los enemigos y la consolidación de las fuerzas reaccionarias: los acontecimientos seguirían el curso que es típico en las revoluciones y la situación, finalmente, continuaría estando controlada por los mismos poderes que al principio<sup>86</sup>. Las «bandas insensatas de Liebknecht» realizarían su *putsch*: era inevitable; lo importante era que fuesen detenidos con la mayor rapidez posible, sin dejarles siquiera la posibilidad de defenderse de forma desesperada<sup>87</sup>. Cuando llegó el final para Liebknecht y para Rosa Luxemburg, Weber comentó: «Liebknecht incitó la calle a la pelea; la calle le ha matado»<sup>88</sup>. No le inspiraban simpatía.

La simpatía con la que Weber, en cambio, consideraba a la mayor parte de los socialistas del PSD era bastante marcada. Alababa el sentido de la responsabilidad que habían mostrado tomando el control del levantamiento revolucionario y ganándose a los mejores de los «bolcheviques»<sup>89</sup>. Sin embargo, esta actitud favorable no debe ser interpretada en el sentido de un cambio de posición de Weber hacia la izquierda. Esto constituye una de las interpretaciones erróneas que aparecen en el libro de J. P. Mayer, basada, principalmente, en la traducción equivocada de uno de los discursos de Weber de finales de 1918, del que Mayer saca

la conclusión de que Weber estaba «tan cerca de la socialdemocracia que no podía ser distinguido de ella»<sup>90</sup>. Lo que Weber decía, realmente, era que su posición no podía ser distinguida de la de «muchos de sus miembros económicamente sofisticados» —es decir, ¡de la de aquellos que reconocían la necesidad del capitalismo!— y, de hecho, explicaba en su discurso por qué no podía él mismo ser un socialdemócrata<sup>91</sup>. A este propósito, puede citarse también el hecho de que Marianne Weber expone explícitamente que su marido, al final de ese año, en los discursos que pronunció para el partido demócrata, pretendía que éste se dispusiese con la izquierda, a la que criticaba, especialmente, por su «estúpido odio hacia el hombre de negocios»<sup>92</sup>.

En realidad, todos estos discursos resaltaban la idea de que la reconstrucción de la industria alemana solamente podría ser lograda por la clase empresarial, con lo que quedaba excluido, por tanto, todo intento de llevar a cabo experimentos de tipo socialista<sup>93</sup>. Una de las razones en las que se apoyaba dicha idea era el estado desesperado de la situación en cuanto a la necesidad de créditos extranjeros, que solamente podrían ser utilizados en forma adecuada por un régimen que contara con el apoyo de la burguesía. Todo hombre de negocios burgués capacitado, decía Weber, aunque él mismo no posea bastante dinero, resulta mucho más idóneo para recibir dichos créditos que cualquier entidad de tipo socialista. Ante esta «realidad de hierro», todos los planes de reorganización industrial, basados en el esquema socialista de la dictadura del proletariado, se derrumbarían<sup>94</sup>. La burguesía era la única que podría cooperar, recibiendo los créditos necesarios, si le eran garantizadas las posibilidades adecuadas

<sup>85</sup> *Ibid.*<sup>86</sup> GPS, pág. 473.<sup>87</sup> GPS, 1.ª ed., págs. 481-2.<sup>88</sup> Citado en *Lebensbild*, pág. 653.<sup>89</sup> *Ibid.*, pág. 644.<sup>90</sup> J. P. MAYER, *op. cit.*, pág. 97.<sup>91</sup> GPS, pág. 472.<sup>92</sup> *Lebensbild*, pág. 653.<sup>93</sup> GPS, págs. 446-8, 470-1 y 473-5.<sup>94</sup> GPS, pág. 474.

en cuanto al poder político y a la libertad de acción industrial.<sup>95</sup> Con respecto al problema de ganarse la confianza internacional, Weber se esforzaba por desengañar a los que planeaban la realización de experimentos socialistas. Pero este autor juzgaba además que los conocimientos de la burguesía en el mundo de los negocios eran indispensables para toda reconstrucción. Ni podían sustituirlos los funcionarios ni mucho menos los teorizadores par-lanchines de los soviets de Munich o de Berlín.<sup>96</sup> De todas formas, resultaba igualmente ilusorio imaginar que podría conseguirse algún tipo de colaboración de la burguesía, sin aceptar que su trabajo se desarrollase dentro del contexto de los beneficios. Weber insistía en que toda organización industrial viable resultaría imposible sin la cooperación *libre* de la burguesía.<sup>97</sup>

Los problemas fundamentales implicados en la exposición precedente, así como el contraste existente entre los socialistas «extremistas» de los soviets y los que aceptaban «responsablemente» la necesidad del sistema capitalista, fueron tratados por Weber, aunque bajo una forma más teórica, en el discurso que, con el título de «La política como vocación», pronunció ante un grupo de estudiantes. En este discurso Weber establecía la distinción entre ética de convicción pura y ética de responsabilidad,<sup>98</sup> que a su vez se refiere a otra distinción, fundamental, entre lo absoluto y lo contingente:

La intención de la persona que obra según la ética de convicción pura es actuar reclamente sin tener en cuenta las consecuencias que puedan derivar. Lo que importa es mantenerse fielmente en sus propias convicciones, «guardar inextinguible la llama de la intención pura», aun cuando esto pueda acarrear resultados

<sup>95</sup> *Ibid.*

<sup>96</sup> GPS, pág. 448.

<sup>97</sup> GPS, págs. 441 y 471.

<sup>98</sup> GPS, págs. 539 y siguientes; GM, págs. 120 y siguientes; pueden consultarse además GAW, págs. 491-2 y MSS, pág. 16.

contraproducentes.<sup>99</sup> La ética de responsabilidad, por el contrario, implica, como indica su denominación, que el agente tenga la intención de obrar teniendo en cuenta su responsabilidad con respecto a todas las consecuencias de su acción. Si por actuar según sus convicciones los resultados que derivan son perjudiciales para los fines que se propone, no puede pretextar consideraciones sobre la maldad del mundo o la incompreensión ajena: debe aceptar de antemano la ambigüedad ética del mundo —el hecho de que de lo bueno no se sigue necesariamente lo bueno, ni de lo malo, lo malo— y estar dispuesto a comprometer sus principios, si en ello estriba la única posibilidad de poder dar mayor impulso y en mejores condiciones a lo que pretende promover.<sup>100</sup>

De estos dos tipos de ética, Weber consideraba que solamente el segundo resultaba apropiado al ejercicio de la política. El primero era apolítico, se situaba fuera de la realidad del mundo, ya que no tenía en cuenta que, a menudo, las consecuencias de una acción son paradójicas con respecto a sus intenciones y que, frecuentemente, los medios que utiliza el político (para lograr el poder y para mantenerse en él) no muestran conformidad con los fines que pretende conseguir.

Aunque a la distinción entre los dos tipos de ética citados concierne un complicado problema universal de moralidad política, las intenciones y el contexto polémicos de Weber son evidentes.<sup>101</sup> Dicha distinción constituía un medio útil para poder

<sup>99</sup> GPS, pág. 540.

<sup>100</sup> *Ibid.*

<sup>101</sup> Aunque esta conferencia de Weber sobre «la política como vocación» es considerada, a menudo, independientemente de su contexto, debe ser tenido en cuenta, sin embargo, que fue pronunciada en el invierno de 1918-19, durante los acontecimientos revolucionarios, y que, al parecer, el único motivo por el que Weber dio esta conferencia fue la amenaza, formulada por la asociación de estudiantes que la patrocinaba, de que, si no se decidía a darla, invitarían, para que lo hiciera en su lugar, a Kurt Eisner, el revolucionario bávaro (H. H. Bruun, *op. cit.*, pág. 271).

postergar a sus adversarios políticos a la categoría de los apolíticos, en función de que incurrieran en contradicción al pretender solucionar problemas reales basándose en actitudes que, esencialmente, no guardaban relación con dichos problemas. La consecuencia de la posición que adoptaban los pacifistas, por ejemplo, no sería la paz, sino, por el contrario, hacer que la guerra fuese más probable; la única posibilidad que resultaba compatible con su posición era la de aislarse completamente del mundo.<sup>102</sup> Contra los sindicalistas —que defendían que toda acción de los trabajadores que expresara la solidaridad de la clase estaba justificada, aunque realmente acarrearla la reacción y, con ello, que su propia clase estuviera más oprimida—, Weber utilizaba una argumentación análoga: la posición de estos sindicalistas no podía ser interpretada sino en función de una ética de convicción, aunque su pretensión fuese lograr con ello un mundo mejor. El pasaje siguiente —que pertenece al comentario de Weber a la afirmación de Michels de que toda huelga era favorable al socialismo y, por tanto, estaba justificada— puede servir de ilustración a este respecto.

Contamos ahora con un sindicalista perfecto: Michels. Michels, el sindicalista, podría decir (y diría): la convicción expresada por una huelga es siempre la convicción «recta»... ¡Qué ñoñez sería prestar atención a sus consecuencias, violentando así realidades evidentes!<sup>103</sup>

No obstante, en opinión de Weber, lo evidente era que las huelgas innecesarias no solamente perjudicaban los sindicatos, sino que podían hacer que se retrasase varias décadas el progreso evolutivo de esta clase.<sup>104</sup>

<sup>102</sup> GPS, págs. 141-2.

<sup>103</sup> Carta a R. Michels del 9-II-1908: citada en V. J. MOMMSEN, *op. cit.*, pág. 122.

<sup>104</sup> *Ibid.*

Este mismo argumento, según Weber, podía hacerse extensivo a la posición socialista en general. Descabían, por ejemplo, que la guerra se prolongase con objeto de poder realizar la revolución. Pero de tal revolución no podría resultar sino una economía burguesa que conservara sus elementos feudales.<sup>105</sup> Weber insistía frecuentemente en que todo intento de implantar una economía socialista desacreditaría el socialismo por mucho tiempo.<sup>106</sup> Tales intentos, que tenían que ser interpretados en función de una ética de convicción, resultaban absurdos en cuanto a conseguir que la realidad existente mejorase.

Este tipo de argumentación weberiana tendía, pues, a clasificar a los socialistas en una categoría que les privaba de importancia política, catalogándoles como apasionados quizá, pero sin perspicacia. De todas formas, dicha argumentación tenía el inconveniente de que presentaba como categorías morales diferentes lo que podía también ser considerado como desacuerdo sobre las consecuencias de la acción política o sobre la circunstancia de que los efectos a tener en cuenta fueran razonados en función de un plazo más bien largo que corto. Un sindicalista, al defender la unidad de acción de la clase, o un socialista, al preferir la prolongación de la guerra para lograr la revolución, hubieran estado seguramente en desacuerdo con Weber acerca de las consecuencias de tales políticas. El sindicalista no aceptaría que una huelga perdida desencadenara necesariamente la reacción o, si lo aceptaba, no admitiría que aquélla no pudiera ser justificada por resultados a largo plazo. A su vez, el socialista tampoco aceptaría que el único resultado al que podía conducir una revolución fuera el de un sistema económico burgués, a pesar de que

<sup>105</sup> GPS, págs. 540-1.

<sup>106</sup> Por ejemplo, Weber —en su carta al Dr. Neurath, GPS, I.º ed., página 488— escribe lo siguiente: «Considero que toda intención de planificar la economía constituye una frivolidad irresponsable y diletantista, capaz de desacreditar el socialismo durante un siglo.»

lo admitiese «todo socialista científicamente formado»<sup>107</sup>. Aunque Weber tenía razón al insistir en que sus adversarios —si pretendían laborar verdaderamente por un mundo mejor, en vez de intentar, más bien, poner a salvo sus convicciones— debían suministrar argumentos empíricos en favor del logro de las consecuencias que se proponían, se equivocaba, sin embargo, al dar por sentado que solamente existía un punto de vista correcto con respecto a estas consecuencias. La réplica dada por Lenin en este sentido es acertada, a pesar de su crudeza.

Weber había escrito, en uno de sus artículos sobre Rusia, que el levantamiento de diciembre de 1905 había sido un «*puusch* insensato», ya que, al no gozar de amplio apoyo por parte de la burguesía, solamente podía servir para aumentar las fuerzas de la reacción<sup>108</sup>. Lenin respondió poniendo de manifiesto la «cobardía del profesor burgués» y de su punto de vista «científico», añadiendo que la evaluación hecha por Weber de las posibilidades no solamente era errónea, sino que era además «un subterfugio de los representantes de la cobardía burguesa, que ven en el proletariado su enemigo de clase más peligroso»<sup>109</sup>. Las evaluaciones de Weber podían, pues, ser impugnadas desde otro punto de vista diferente al suyo.

Las interpretaciones en el sentido de un acercamiento de Weber, al final de la guerra, hacia la izquierda no constituyen sino errores de apreciación con respecto al hecho de que los socialdemócratas también habían cambiado y en forma tan evidente como la del propio Weber. Este autor les mostraba su aprobación solamente en función de que habían justificado con hechos haber llegado a alcanzar una madurez política que consideraba no habían poseído antes de la guerra y que, desde sus primeros escritos ya, había juzgado condición necesaria para

la existencia de un movimiento de la clase obrera al que la burguesía pudiera «tender la mano para la cooperación»<sup>110</sup>: en el terreno económico, Weber creía que la mayor parte de ellos aceptaban ahora que fuese la burguesía y no el proletariado, al menos por el momento, la que dirigiese el funcionamiento de la sociedad; desde el punto de vista político, habían dado muestras de su capacidad real y de su sentido de la responsabilidad al haber logrado reprimir sus elementos turbulentos. De esta forma, habían probado en ellos mismos que estaban a la altura conveniente para colaborar en la democracia burguesa.

Por consiguiente, el problema fundamental, con respecto al futuro de la democracia parlamentaria, continuaba siendo, para Weber, el mismo de siempre, es decir, el de si la burguesía, como clase, conseguiría evolucionar en el sentido de adquirir un carácter político que le permitiese servir de base a las instituciones parlamentarias libres. Este problema tenía más importancia para Weber que los detalles constitucionales, como exponía este autor en un artículo sobre la futura constitución alemana, del que extraemos el siguiente pasaje:

Durante decenios han estado dominados por la idea de «seguridad»: por sentirse a salvo, protegiéndose en el autoritarismo, del problema angustioso de la posibilidad de cualquier cambio; en pocas palabras: por una voluntad cobarde de impotencia. La excelencia técnica de la administración y el hecho de que, como consecuencia, las cosas, desde el punto de vista material, marchasen francamente bien para ellos hicieron aceptar esta cárcel a todos los estratos de la población (no solamente a la burguesía) y suprimieron el sentimiento cívico de amor propio, sin el que aun las instituciones más libres quedan en tinieblas. La república

<sup>107</sup> GFS, pág. 541.

<sup>108</sup> Archiv, 23B, pág. 166.

<sup>109</sup> LENIN, *Selected Works* (3 vols., Moscú, 1960), vol. 1, pág. 840.

<sup>110</sup> *Verhandlungen des 5. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1894), página 82.

ha puesto fin a esta «seguridad...». Ahora la burguesía está limitada a sus propios recursos, como lo ha estado, durante tanto tiempo, la clase obrera. Pero no debe tener miedo de afrontar la prueba de su indispensabilidad y de sus cualidades singulares en las condiciones que prevalecerán en un futuro previsible. Esta prueba, nosotros así lo esperamos, servirá precisamente para que aumente su confianza en sí misma <sup>111</sup>.

Sin embargo, esta esperanza de Weber estaba cargada de pesimismo. El hecho de que, proseguía este autor en su artículo, la democracia, a diferencia de lo ocurrido en otras naciones, no se hubiera implantado en Alemania como consecuencia de una lucha victoriosa o de una paz honorable, sino de una derrota, solamente podría perjudicar la mencionada confianza de la burguesía en sí misma; la influencia del «Obrigkeitsstat» continuaba pesando fuertemente sobre ella: «Las consecuencias de la conducta de bancarrota vergonzosa del antiguo régimen oscurecen el futuro político de la democracia, que tiene que soportarlas» <sup>112</sup>. Pocos meses después Weber empezaría a poner en duda las ventajas del nuevo sistema parlamentario <sup>113</sup>.

#### LA POLÍTICA Y LAS CLASES

En capítulos ulteriores incluiremos una discusión más completa de las asunciones teóricas implicadas en el contenido de esta exposición weberiana de la política alemana; por el momento, nos limitaremos a hacer algunos breves comentarios sobre ciertos aspectos de este problema.

Según Weber, el motivo principal por el que Alemania no

<sup>111</sup> GPS, pág. 442.

<sup>112</sup> *Ibid.*

<sup>113</sup> Véase el capítulo VIII.

había logrado desarrollar unas instituciones parlamentarias consistía en el hecho de que la burguesía hubiera sido asimilada por el sistema tradicional de los junkers. En una conferencia académica sobre la sociedad rural, dada por este autor durante su visita a Estados Unidos en 1904, puso de relieve que la tensión existente entre la sociedad rural tradicional del Este y la sociedad industrial del Oeste constituía la principal dificultad que se oponía al desarrollo político de Alemania. «En Alemania —decía— todos los problemas ineludibles que conciernen la política social y económica y los intereses nacionales guardan relación estrecha con el contraste existente entre la sociedad rural del Este y la sociedad del Oeste y con su evolución ulterior» <sup>114</sup>. Weber prosigue su discurso encomiando la situación en que se encontraba Estados Unidos, porque, al carecer de aristocracia antigua, no tenía que soportar las «tensiones originadas por las diferencias existentes entre las tradiciones autoritarias y el carácter puramente comercial de las condiciones de la vida moderna». De todas formas, como ya ha sido indicado en este capítulo, del análisis weberiano de la estructura sociopolítica alemana se deduce esencialmente, que las mencionadas tensiones podían mantenerse en equilibrio porque las necesidades del desarrollo industrial eran satisfechas por el sistema político de los junkers y porque la burguesía había sido asimilada a este sistema. Sin embargo, Weber consideraba que el desarrollo industrial alemán tenía carácter irreversible <sup>115</sup> y que la clase patronal llegaría a ejercer una influencia política proporcionada a su poder económico.

Esta última consideración conducía a Weber a interrogarse sobre la forma que podría adoptar la susodicha influencia política de la clase empresarial: tanto podría tratarse de una «conexión a puerta cerrada» con la burocracia —que serviría de apoyo al

<sup>114</sup> GM, pág. 364.

<sup>115</sup> *Verhandlungen des 8. Evangelisch-sozialen Kongresses (1897)*, página 109.

«*Obrigkeitsstaat*» y conduciría a que la vida industrial fuese asimilada por el carácter autoritario de éste— como, por el contrario, de un rechazo del sistema en favor de la democracia parlamentaria. El problema de cuál de estas dos soluciones sería adoptada no dependía solamente de las condiciones económicas; en efecto, como veremos, especialmente en el análisis de Weber sobre Rusia, este autor no consideraba que existiese una conexión particular entre la industria moderna en gran escala y la libertad de las instituciones políticas. Esta solución dependía, más bien, del carácter político de una clase y de los diversos factores históricos y contemporáneos que influían sobre ella.

El profesor L. M. Lachmann, en un artículo en el que intenta deducir una estructura teórica de los artículos de Weber que componen la serie titulada «Parlamento y gobierno», llega a la conclusión de que este autor utiliza en su análisis un modelo funcionalista «de tipo imperfecto»<sup>116</sup>. Según Lachmann, Weber asumía como principio «la necesidad de la homogeneidad de todas las instituciones de la sociedad industrial moderna», y por esto la principal crítica weberiana de la estructura política alemana consistía en que ésta no constituía una base apropiada para el desarrollo industrial<sup>117</sup>. Esta interpretación general de los análisis de Weber y de su concepción del problema fundamental de la política alemana es totalmente equivocada. En realidad, el problema existente era debido a que la industria capitalista podía hallarse en perfecta «seguridad» y satisfacer sus intereses materiales dentro del sistema político autoritario; todo lo que se necesitaba para esto era una administración eficaz, de tipo burocrático moderno<sup>118</sup>, que, por supuesto, el sistema alemán le proporcionaba ampliamente. En cuanto al argumento de la conve-

<sup>116</sup> L. M. LACHMANN, *The Legacy of Max Weber* (Londres, 1970), página 124.

<sup>117</sup> *Ibid.*, págs. 125-6.

<sup>118</sup> WG, págs. 562-3; ES, pág. 975.

nencia y de la «homogeneidad» utilizado por Weber en estos trabajos, el alcance y el sentido de su empleo son diferentes de los indicados por Lachmann. Weber defendía que los planes que se proponía un gobierno debían ser compatibles con el sistema político que tenía que llevarlos a cabo. En el caso de Alemania existía una incompatibilidad fundamental entre sus aspiraciones a ejercer un rol político mundial y la estructura tradicional de su gobierno. El «*Obrigkeitsstaat*», con las deficiencias de sus definiciones y con la inflexibilidad de sus determinaciones, había demostrado su falta de adecuación al mundo de la política, como quedaba evidenciado por su política extranjera antes de la guerra y por la forma en que había dirigido ésta. La pretensión de Alemania de ejercer un rol político mundial no podía ser lograda sino con una democracia parlamentaria. Esta argumentación de Weber no es de tipo «funcional»; se trata solamente de la elección de los medios apropiados para lograr un fin determinado. Alemania podía optar entre ser una potencia mundial o no serlo, pero si elegía lo primero tenía que procurarse una organización política adecuada a este fin.

En realidad, los análisis de Weber concedían mucha más importancia a las clases y a su poder que a las relaciones funcionales de las instituciones. Los regímenes se mantenían o cambiaban según el carácter que poseyeran las clases en las que se basaban. El «*Obrigkeitsstaat*» alemán se mantenía, a pesar de la decadencia económica de los junkers, porque las relaciones pecuniarias que existían entre las evoluciones económica y política del país habían conducido a la burguesía a ponerse del lado de la aristocracia rural y porque ésta sabía utilizar el monopolio de su posición política y de su rango social para consolidar este apoyo. Con respecto a la democracia parlamentaria, el problema que se planteaba no podía solucionarse tampoco sin la adaptación de la clase sobre la que se basaba: la burguesía tenía que cambiar su carácter y adquirir las aptitudes políticas convenientes. La concepción weberiana de las instituciones parlamentarias

necesita, pues, como ha sido puesto de relieve ya en el capítulo IV, el complemento de una teoría de las clases.

El próximo capítulo se ocupará del análisis weberiano de la política rusa; en este análisis, y sirviéndole de base, aparecerá también una asunción, análoga a la que acaba de ser indicada, con respecto a las relaciones existentes entre las clases y la estructura política.

## CAPÍTULO VIII

## SOCIEDAD, CLASES Y ESTADO EN RUSIA

Los artículos de Weber sobre la revolución rusa de 1905-1906 constituyen, al menos en extensión, la parte más importante de sus escritos políticos. Están escritos basándose exclusivamente en informaciones rusas, pero, según su autor, no constituyen historia, ya que, cronológicamente, están demasiado cerca de los acontecimientos<sup>1</sup>; sin embargo, no se trata de una simple crónica, sino de un intento de aprehender lo «esencial y característico»<sup>2</sup> de estos acontecimientos rusos y de describir la «situación general social y política»<sup>3</sup> en que se habían desarrollado estos sucesos del período revolucionario. Esta intención de poner de relieve las relaciones esenciales existentes entre la sociedad y el gobierno confiere a estos artículos un rango de prototipo de análisis políticos.

Estos artículos de Weber sobre Rusia se interesan, de una forma aún más explícita que sus trabajos alemanes, por el problema de que, en un estado autoritario, pudiera existir un movimiento en favor de un gobierno parlamentario, que estuviera apoyado por fuerzas sociales apropiadas. Weber reconocía, no obstante, que existían diferencias evidentes entre las estructuras

<sup>1</sup> *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 22 (1906), *Beilage*, pág. 234; vol. 23B, pág. 165.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Archiv*, 23B, pág. 393; *GPS*, pág. 103.